

fueron sus coherederos y los herederos de Paulina, y que nunca se le veía salir en público sin ir seguido de una tropa de infelices.

Nuestro santo edificó un hospital para los extranjeros que iban al Puerto Romano. Servía á los enfermos y á los pobres con sus propias manos. Escribió á sus renteros y á sus vasallos que tenía en Numidia, exhortándolos á renunciar al cisma de los donatistas, y consiguió verlos volver al seno de la Iglesia católica. Este zelo por la unidad de la fe le mereció una carta de felicitacion de parte de san Agustin en 401, como puede leerse en la epístola 58 á Pamaquio. El parecer de algunos modernos, que pretenden recibió nuestro santo los sagrados órdenes, no se apoya en ninguna prueba sólida. Contentóse con vivir separado del mundo, y consagrarse enteramente á los ejercicios de la oracion, de la penitencia y de la caridad. Murió en 410 un poco antes de la toma de Roma, y es nombrado el 30 de agosto en el martirologio romano.

SANTA ROSA DE LIMA.

En Lima, capital del reino del Perú, nació el día 20 de abril del año 1586, la Rosa mas preciosa que produjo aquel fértil pais; bello ornamento de la tercera orden de penitencia del patriarca santo Domingo; una de las mas célebres santas de estos últimos tiempos. En su nacimiento declaró con juramento su madre no haber sentido los dolores del parto, dispensándola el Omnipotente de la ley penal impuesta á todas las mujeres. Bautizaronla en la pascua del Espíritu Santo, queriendo en esto denotar la divina Providencia que derramaba en aquella grande alma el incendio del amor divino que descendió en lenguas de

fuego sobre el colegio apostólico. Pusiéronle Isabel por nombre; pero en virtud del extraordinario prodigio que ocurrió estando en la cuna á los tres meses de haber nacido, de trasformarse su cara en una hermosa rosa, se llamó desde entonces con este nombre, en el que fué confirmada por santo Toribio Alfonso Mogrobejo, dignísimo arzobispo entonces de Lima, al que añadió el de Santa Maria, por disposicion de la reina de los ángeles.

Criaronla sus padres con el mayor cuidado segun las máximas de la religion cristiana; pero como se hallaba prevenida del cielo con las mas dulces bendiciones, tuvieron el consuelo de ver en la niña á poco tiempo un pequeño prodigio de la gracia, que parecía obrar en ella con mas actividad que la misma naturaleza. En efecto, su afabilidad, su agrado, su serenidad, su candor, su tranquilidad, y su admirable sufrimiento en varias incisiones que le hicieron con motivo de varias enfermedades, sin que lanzase el mas mínimo suspiro, y sobre todo su inclinacion conatural á la virtud, hicieron conocer á todos desde luego que el Señor la habia elegido para esposa suya.

Continuando Rosa, sostenida de la divina gracia, siendo el objeto de los mas altos elogios por su buena conducta, llegó á aquel punto de edad en que la naturaleza manifestó las cualidades apreciables de hermosura, despejo, vivacidad y extraordinarios talentos con que se hallaba dotada; aunque su recato y modestia procuraban ocultarlas, y aun desfigurarlas para no ser grata á los hombres. Como eran públicas y notorias sus personales prendas, mucho mas recomendables con el adorno de su eminente virtud, se declararon varios pretendientes de su mano, conceptuándose feliz el que la lograra por esposa. Entre todos prefirieron los padres á un joven rico y poderoso, vinculando su felicidad en tan ventajoso

matrimonio. Exigieron de Rosa el consentimiento, la que, consternada con aquel lenguaje desconocido, respondió sencillamente que ya tenía consagrada su virginidad á Jesucristo con voto. No se puede ponderar el sentimiento que concibieron los padres de una resolución tan inesperada; y así en desquite, sobre otras muchas injurias, ultrajes y malos tratamientos, le echaron á costas todo el peso de la casa, mandándole que hiciese los oficios mas viles y penosos. Sufrió por algun tiempo aquella persecucion, que sirvió únicamente para que brillase mas su inalterable paciencia y admirable sufrimiento, hasta que, conociendo los padres que Dios era el autor de sus resoluciones, bien calificadas por sus acciones precedentes, no queriendo oponerse á la voluntad divina, la dejaron seguir en sus santas ideas.

Fundaron por aquel tiempo en Lima doña Maria de Quiñones y santo Toribio Alfonso Mogrobojo el monasterio de santa Clara; y creyendo ambos que, entre las primeras plantas que pudieran recomendar la religiosidad de aquella nueva casa, seria sin duda Rosa, bien conocida por su eminente virtud, le ofrecieron todo lo necesario para que entrase en aquel convento. Pero como la divina Providencia la tenia destinada para que fuese bello ornamento de la tercera orden de penitencia del patriarca santo Domingo, no tuvieron efecto sus deseos. Frustrada aquella proporcion, un hermano de la santa, que tenia bien conocido su espiritu, hizo con toda cautela las mas vivas diligencias para que entrase en el monasterio de la Encarnacion de Lima del orden de san Agustin. Dispuestas todas las cosas, en el mismo dia que la esperaban las religiosas, entró de paso á la capilla de Nuestra Señora del Rosario á dar á su Majestad gracias por haberle concedido el favor de consagrarse en el claustro al servicio de su santísimo Hijo; pero apenas hincó las ro-

dillas en tierra cuando quedó inmóvil, sin poder levantarse, ni aun con la ayuda de su hermano. Conoció por aqui, ilustrada superiormente, que su determinacion no era del agrado del Esposo eterno, y si el que siguiese el camino de santa Catalina de Sena, cuyo ejemplo se propuso imitar desde sus mas tiernos años; y prometiéndolo así en el mismo acto, quedó expedita para todo movimiento. Comunicó el suceso circunstanciado á su confesor, y con acuerdo de este, vencidas las muchas dificultades que ocurrieron, vistió el hábito de Tercera Dominica en el año 1606, dia de san Lorenzo, abrasada con los mismos ardores de caridad que aquel ilustre mártir de Jesucristo.

No es fácil poder explicar el gozo de que se llenó el corazon de Rosa, viéndose vestida con la misma divisa que la heroína á quien deseaba imitar con vivas ansias. Para formar como aquella un retiro proporcionado donde, negada al comercio del mundo, pudiera entregarse totalmente al servicio de su amado, dispuso en lo mas apartado de la huerta de su casa una pobre celda, en cuya habitacion se dejó ver prodigiosamente que, estando rodeada de una nube de mosquitos y tabanos, ninguno de ellos se atrevió á molestarla. Respondia con mucha gracia á los que la preguntaban sobre aquella extraordinaria maravilla, que tenia hecho pacto con los animalillos de no molestarlos, ni ellos á ella.

No satisfecho su fervor con lo dicho, apenas vistió el hábito de tercera cuando quiso acreditar el carácter de aquel orden con las mas asombrosas penitencias. En los principios, se disciplinaba con cordeles retorcidos; pero despues con una cadena de hierro hasta que corria la sangre por tierra, redoblando este rigor cuando entendia estar irritada la divina justicia por culpas ajenas, ó amenazaba algun castigo á su

patria. Pero habiéndole prohibido su confesor aquella crueldad, se cinió la cintura tres veces con la misma cadena, cerrando sus extremos con un candado, cuya llave arrojó para que no fuese fácil abrirle. Siguió con este martirio algun tiempo, hasta que, introducida en la carne la cadena, la puso en términos de morir; y viéndose entonces en precision de descubrir el secreto á su confidenta Mariana, condescendió con ella que la quebrase á fuerza de golpes, bien que el Señor, para impedir una operacion tan cruenta, hizo que saltase inopinadamente la chapilla; pero arrancándose con ella varias porciones de carne, sufrió intensísimos dolores de las heridas que le resultaron. Prohibióle su director el uso de aquel instrumento. Pero en cambio afligia todas las partes de su inocente cuerpo con ásperos cilicios, y una vestidura interior de sayal tosco y grosero, que, sobre no poderse mover con ella, se abrasaba en los rigores del estío.

No debe extrañarse este rigor despues que eligió el orden de penitencia, cuando desde sus mas tiernos años manifestó la propension á esta virtud, deseosa de ser participante de las penas que padeció Jesucristo. Servia en su casa una india de áspera condicion, llamada Mariana, á quien rogaba, cuando niña, que la azotase, ultrajase, escupiese y pusiese los piés en su boca, rogándole, puesta de rodillas, que así lo hiciese por amor de Dios cuando se resistía aquella á ejecutarlo. Viendo, á los doce años no cumplidos, una imágen del Señor en la postura de *Ecce Homo*, penetrado su corazon del mas vivo sentimiento al considerar los dolores que el Señor padeció cuando le pusieron la corona de espinas, ansiosa de imitarle, hizo primeramente un cerco de estaño con tachuelas por la parte interior, ciniéndose con él la cabeza; pero no pareciéndole hastante esta pena, formó otro de

plata con treinta y tres puntas, correspondientes á los años que vivió el Redentor, mudándole repetidas veces, para que las nuevas heridas le lastimasen la cabeza, apretándole fuertemente cuando sentia alguna tentacion impura.

Habiendo leído en la vida de santa Catalina de Sena su desposorio con Jesucristo, aunque deseaba tener esta dicha, no se atrevia á pedirsela al Señor, considerandose tan indigna en su concepto, que solia prorumpir no pocas veces *que no sabia cómo Dios no la habia ya sumergido en el abismo cuando, por sus horribles culpas, le era debido el mas profundo lugar del infierno*; siendo así que su confesor apenas encontraba materia sobre que absolverla. Cuando luchaba con esta pena, la dejaron sin la palma acostumbrada á dar á las Terceras Dominicas el domingo de Ramos, é interpretando aquella inculpable omision en otro sentido que el dispuesto por la divina Providencia, pasó llena de amargura á la capilla del Rosario á desahogar su pena con la Reina de los angeles, que, viéndola anegada en tan profundo sentimiento, intercedió con su santísimo Hijo para que la consolase. Hizolo el Señor, diciéndole: *Rosa de mi corazon, yo te quiero por esposa*. Hicieron en su corazon tal impresion estas dulces palabras, que cayó desmayada en tierra, luchando entre el amor y el temor, sin atreverse á mirar la soberana Majestad de su dueño, quien, confortandola con nuevas gracias, le entregó un anillo en señal de su desposorio, en el que hizo grabar Rosa el retrato del niño Jesus, con las expresiones dichas. Desde entonces creyó la inseparable union con su amado, en términos que pudo decir con el Apóstol: *Ya no vivo en mí, sino en Jesucristo*, acreditando con pruebas prácticas el incendio de amor en que se hallaba abrasado su pecho.

Sin embargo de que el Señor se daba por tan satis-

fecho de los servicios de Rosa, con todo quiso probaria por medio de enfermedades gravísimas y dolores muy intensos, en los que siempre dió ejemplo de una indecible paciencia y de un admirable sufrimiento. Pero no fueron estas mortificaciones las que mas le dieron que padecer. Solicitaba su esposo purificar todavía mas aquella grande alma con el fuego de la tribulación, para aumentar por este camino muchos grados á sus merecimientos. Cesaron de repente los continuos favores con que el Señor la regalaba, tan olvidada de ellos, como si nunca los hubiera recibido. Hallóse en espíritu poseído de una desolación, de una aridez y de una sequedad suma, de un disgusto total á todos los ejercicios de devoción, de un tedio insostenible en la oración, acometida de una sublevación general de las pasiones que la combatían con ciertas tentaciones desconocidas de la castísima virgen hasta entonces. Por espacio de quince años, á lo menos una hora al día quedaba anegada en el abismo de tan terribles pruebas, que pasaba el resto del día y de la noche temblando y palpitándole su corazón. Finalmente se vió obligada á consultar su padecer con los teólogos mas doctos para su consuelo, cuyos dictámenes solo sirvieron para aumentar su pena; porque unos graduaron aquellos síntomas de delirio, otros, de ilusiones y desvarios, y los mas piadosos, de efectos nacidos de su delicadeza. Desolada, despreciada y abandonada, se puede dudar con razón si era posible martirio mas cruel; pero con todo en nada se desmintió Rosa, luchando, sostenida de la divina gracia, contra todo aquel torbellino de tormentos. Después de su continuo recurso al Señor, todo su consuelo era la protección de la santísima Virgen, viéndola muchas veces, durante aquellos excesos de desolación y desamparo, abrazarse estrechamente con alguna imagen de esta Señora, implorando su clemencia.

Sucedió, en fin, la calma á tan deshecha tempestad, y la alegre luz á tan tristes tinieblas. Apareciósele su santo esposo, acompañando su sensible presencia con tan celestiales consuelos, que en un instante le hicieron olvidar todos los pasados tormentos. Y queriendo remunerar su pacífico sufrimiento con favores singulares, la visitaba con frecuencia, haciendo lo mismo su Madre santísima y santa Catalina de Sena, á quien señaló el Señor por su directora, mediante á que la eligió por modelo de sus operaciones, dejándose ver por su continuo comercio el rostro de Rosa como una copia viva de aquella heroína, por cuya razón la llaman los Limeños segunda santa Catalina de Sena. De esta familiaridad, y la que tenía con los ángeles, especialmente con el de su guarda, con quienes se entretenía con las expresiones mas tiernas de afecto, para que las hiciesen presentes á su esposo, resultó abrasarse en las llamas del amor divino. Unas veces se desahogaba con profundos suspiros, y otras, con voces significativas de sus sentimientos. *¿Cómo es posible, decía muchas veces, Dios y Señor mio, que haya quien deje de amarte? ¿Cuándo yo, mi buen Jesus, comenzaré á hacerlo como mereces? ¡Ay de mí! ¿qué lejos estoy de aquel amor perfecto é íntimo que te debo, pues aun no he aprendido á amarte como conviene! no sé cómo no me avergüenzo de mi tibieza. ¿De qué me sirve el corazón que tengo, para qué le quiero, si hasta ahora no se ha deshecho de puro amarte?* A estas expresiones eran consiguientes sus delirios y admirables éxtasis, en los que no pocas veces despedía su cara rayos encendidos de fuego, indicios nada equívocos del volcán que ardía en su pecho.

Gustaba Rosa sosegada y tranquilamente de aquellas espirituales dulzuras que son como anticipados destellos de las delicias del cielo, sin dejarse apenas ver mas que en el templo y al pié de los altares. Habiéndole

dado á entender el Señor que la caridad podia extenderse á favorecer al prójimo, la ejerció de tal suerte con todo género de pobres y necesitados, que hubiera agotado seguramente los fondos que encontraba en personas devotas para socorrerlas, á no haber suplido Dios con milagros sus asistencias. Al paso que era su caridad inmensa, era tambien excesivo su zelo por la salvacion de las almas, siendo pocos los miserables á quienes no convirtiese, al mismo tiempo que los socorria. Aplicaba, para que el Señor les concediese su gracia, fervorosas oraciones y rigurosas penitencias. Tampoco omitia los sufragios en alivio de las almas del purgatorio.

Debilitada la salud de Rosa al rigor de sus grandes penitencias y prolijas enfermedades, se dignó el Señor revelarle el día de su muerte. Fué tan excesiva la alegría que le causó esta noticia, y tan vehementes los gozosos ímpetus que sintió su corazón, que no pudo disimularlo. Acercándose el tiempo de su disolucion, le anunció su Esposo padecería los dolores mas intensos, por última prueba de su invicta paciencia. Con este aviso, tres dias antes de su última enfermedad, pasó á la capilla del Rosario á pedir á la santísima Virgen la favoreciese con su asistencia para beber aquel cáliz de amargura. Cayó en efecto en el primer día de agosto en un abismo de dolores, tales, que, á pesar de su grande sufrimiento, prorumpió á media noche en clamores lastimosos. Acudieron las sirvientas y la hallaron tendida en el suelo, en términos que solo la palpacion del pecho y la respiracion apresurada daban testimonio de que permanecia en ella el calor vital. Acudieron los facultativos, y atendiendo á los sintomas de la extraordinaria enfermedad, declararon que la complicacion de aquellos accidentes era superior á cuanto podian sufrir las fuerzas humanas. Continuó Rosa con aquellos vivos dolores é inexpli-

cables amarguras, mas sensibles que la misma muerte, hasta el día de san Bartolomé, en que profetizó su tránsito, sin que se le oyesen otras expresiones que las de su conformidad con la voluntad divina. Recibió los últimos sacramentos con la devocion y ternura propia de su espíritu; y trasportada en dulces éxtasis, consumida aquella bienaventurada víctima á violencia del incendio del amor del Esposo eterno, rindió su espíritu en manos del Criador el día 24 de agosto del año 1617.

La fama de santidad en que murió Rosa y la multitud de milagros que se dignaba el Señor obrar cada día por su intercesion movieron á todo el reino del Perú, á la religion de santo Domingo y al rey católico á suplicar á la santa sede acordase su beatificacion y canonizacion. Dispensó la santidad de Alejandro VII el decreto de Urbano VIII, sobre que no se tratase este asunto de algun siervo de Dios, hasta que pasasen cincuenta años despues de su muerte. Despacharonse las correspondientes letras apostólicas para los procesos informativos, y resultaron plenamente justificados por una multitud de testigos el heroismo de sus virtudes y notorios milagros en vida y despues de muerte. La beatificó el papa Clemente IX, por su decreto de 12 de febrero de 1648, y por otro de 2 de enero del año siguiente, la declaró patrona de la capital de Lima y de todo el Perú. Pero continuando las instancias para su canonizacion, la hizo con la solemnidad acostumbrada Clemente X, en el 12 de abril de 1671.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma en el camino de Ostia, el martirio de san Félix, presbitero, bajo los emperadores Diocleciano y Maximiano, que, despues de haber sido puesto en el ecúleo, fué condenado á muerte; y como le llevasen

para degollarle, halló con un cristiano, que se puso á gritar ser tambien él cristiano, por lo cual fueron degollados juntamente. No sabiendo los cristianos como se llamaba este último, le dieron el nombre de Adaucto, por haber sido agregado á san Félix compañero de martirio.

Tambien en Roma, santa Gaudencia, virgen y mártir en compañía de otras tres.

En dicho lugar, san Pamaquio, presbítero, varon de eminente doctrina y santidad.

En Sufetulo colonia de Africa, sesenta bienaventurados mártires, muertos por el furor de los gentiles.

En A drumeto tambien en Africa, san Bonifacio y su esposa santa Tecla, quiénes tuvieron doce hijos, todos mártires.

En Tesalónica, san Fantino, confesor; quien, despues de mil padecimientos de parte de los Sarracenos, fué echado del monasterio donde vivia con admirable abstinencia, atrayendo muchísimas personas al camino de la salvacion, y murió por último colmado de años y virtudes.

En tierra de Meaux, san Fiacro, confesor.

En Boloña, san Bonono, abad.

En Angoumois, san Fraigno, confesor.

En Voisinat cerca de Meun, diócesis de Orleans, san Y, vizeconde.

En Rebay en Brie, san El, primer abad de aquel lugar.

En Abitina en Numidia, la fiesta de los santos mártires Félix, Evo y Regiolo.

En Etiopia, san Dasias, confesor.

La misa es del comun de confesor no pontifice, y la oracion la que sigue :

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Fiacri, confessoris tui solem-

Atended, Señor, á las humildes súplicas que os hacemos en la solemnidad de tu bienaven-

nitate deferimus; ut, qui nostra justitia fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit, precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

turado confesor san Fiacro, para que, no confiando en nuestra justicia, seamos socorridos por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradaros. Por nuestro Señor.

La epistola es del cap. 3 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Secundum gratiam Dei, quæ data est mihi, ut sapiens architectus fundamentum posui; alius autem superædificat. Unusquisque autem rideat quomodo superædificet. Fundamentum enim aliud nemo potest ponere præter id, quod positum est, quod est Christus Jesus. Si quis autem superædificat super fundamentum hoc aurum, argentum, lapides pretiosos, ligna, fœnum, stipulam, uniuscujusque opus manifestum erit. Dies enim Domini declarabit quia in igne revelabitur; et uniuscujusque opus quale sit, ignis probabit.

Hermanos: Segun la gracia de Dios que me ha sido concedida, eché el fundamento como sabio arquitecto; pero otro fabrica encima. Cada uno, pues, mire como sobreedifica, porque ninguno puede poner otro fundamento que aquel que está puesto, que es Cristo Jesus. Si alguno, pues, edifica sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, leños, heno, paja, la obra de cada uno será manifiesta; porque el día del Señor lo declarará; porque se manifestará en fuego, y el fuego declarará cuál sea la obra de cada uno.

NOTA.

« Poco instruidos todavía los Corintios en los misterios de la religion, en lugar de aplicarse á poner en práctica lo que se les habia enseñado, gastaban el tiempo en disputar unos con otros sobre los talentos de los que les habian anunciado el Evangelio. Cada cual se arrimaba al que queria, en vez de arrimarse todos á Jesucristo, único fundamento de la fe y de todas las virtudes. »

REFLEXIONES.

Es la Iglesia un edificio espiritual, fabricado sobre el inmutable cimiento de la piedra angular Cristo Jesus. Este Señor fué el maestro que delineó el plan; los apóstoles, los oficiales y aparejadores que le ejecutaron; los fieles son las piedras vivas, cimentadas y unidas con la sangre de todo un Dios. Dichosos aquellos que se dejan colocar en aquel sitio, para el cual cada piedra fué labrada y destinada. Los herejes que pretendieron fabricar otro cimiento que el de Jesucristo, luego vieron dar en tierra todo su edificio. Inútilmente se esfuerzan á formar partidos, y hacer cuanto pueden para engrosarlos: todos sus artificios y todos sus enredos son andamios que sostienen la obra en falso por algun tiempo; pero tarde ó temprano toda ella se viene al suelo. La Iglesia vió nacer todos esos partidos y todas esas herejías, y todas las vió morir. Ninguna hubo que, sostenida de los grandes, apoyada con la autoridad de hombres sabios, y aun de algunos prelados, defendida con la multitud de los parciales, y abrigada á la sombra y á la gritaría del pueblo, no haya dominado, no haya hecho mucho ruido, no haya reinado por algun tiempo; pero despues, doblándose y arruinándose los andamios, ella misma fué tambien sepultada entre sus ruinas. Esas miserables reliquias del arrianismo y del nestorianismo, que todavia se ven en el Oriente y en otras partes, no son mas que unos tristes fragmentos de aquel fantástico edificio. La fe solamente se ha mantenido inmóvil en la Iglesia católica, apostólica, romana. ¿Qué esfuerzos no han hecho las demás sectas para derribar, ó á lo menos para desquiciar este edificio? Pero esfuerzos vanos! empresas quiméricas! Ese edificio es eterno: la verdadera Iglesia es inva-

riable, inmutable, inalterable, siempre firme, siempre pura, como fundada siempre solamente en Jesucristo, su único solidísimo cimiento. También la perfección cristiana es otro edificio místico en que deben trabajar todos los fieles. Si las manos que trabajan en él son puras, todo cuanto tocan se convierte en oro y en piedras preciosas, simbolo de la caridad y de las más sólidas virtudes. Al contrario, por poco manchadas que estén, solo levantan un edificio de paja ó de madera, figura de las obras que estraga y corrompe la vanidad. El juicio de Dios será como el fuego, que probará nuestras acciones, disipará las tinieblas con que procuramos encubrir á los demás, y acaso también á nosotros mismos nuestros pecados. ¿Qué vamos á ganar en este engaño? La muerte y el juicio quitan la mascarilla á todo cuanto hacemos.

El evangelio es del capítulo 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quae possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in caelis: quo fur non appropriat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haced bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.